

Gabriel Flores

Keynes y los programas económicos de las izquierdas

(Enero de 2016).

El resultado de las elecciones generales del pasado 20 de diciembre metió en un callejón de difícil salida a la negociación política necesaria para decidir la composición y los apoyos del próximo Gobierno de España. El empate técnico entre las fuerzas favorables al cambio y las que pretenden limitarlo dificulta encontrar soluciones aceptables para los principales actores políticos que intervienen en la disputa. Más aún cuando en los componentes de ambos bandos hay necesidad de acomodar sus propuestas a opacos debates internos e intereses no explícitos. Hay más preocupación por presionar y forzar la voluntad de rivales internos y externos que en facilitar un diálogo capaz de alumbrar cualquiera de los pactos que permiten los resultados obtenidos en las urnas.

La información disponible sobre las negociaciones en curso es fragmentada e interesada. Ninguna base racional permite hacer el menor cálculo de probabilidades sobre los distintos escenarios posibles. Ni siquiera por parte de las direcciones de los partidos que intervienen en estas negociaciones. Sencillamente, a estas alturas ni se sabe ni se puede saber qué ocurrirá. Rajoy parece amortizado, pero se niega a tirar la toalla y, con mayor empeño, a ser enterrado antes de tiempo. Sánchez se ha mostrado más astuto, resistente y ambicioso de lo que se esperaba y, contra los vientos y las mareas propiciadas por los barones de su partido y otras fantasmagórica reapariciones, sigue intentando recabar los apoyos necesarios para ser investido Presidente. Si lo consigue, se apuntará una fantástica carambola política. No hay que descartarla, pero es altamente improbable. El escenario más creíble sigue siendo el de una nueva cita electoral.

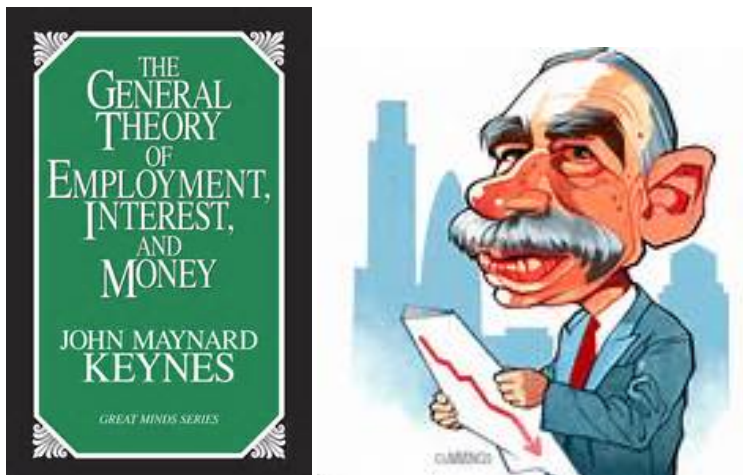
Por el momento, Sánchez sigue explorando los límites y posibilidades del terreno de actuación definido por el resultado electoral e intenta valorar, como el resto de interlocutores, si pesan más las pérdidas que acarrearía cualquiera de los pactos posibles o los costes de una nueva convocatoria electoral a la que todos temen y de la que nadie quiere aparecer como instigador o responsable.

Aprovechando el compás de espera, examinaré un interesante y extraño fenómeno que en los últimos dos años ha tenido una notable incidencia en la renovación de algunos rasgos de la identidad de los partidos de izquierdas y en la letra de sus programas económicos: el pensamiento de Keynes y sus partidarios ha resucitado y ha vuelto a ser influyente. No es mal momento para levantar la vista, prestar menos atención a cada maniobra o declaración política y observar con algo más de perspectiva el endiablado conjunto de problemas que aparecen en un horizonte más amplio, más allá de esta legislatura, y en un intrincado marco institucional conformado por los 28 socios de un mercado único y por una unión monetaria de 19 países que condicionan buena parte de nuestros problemas económicos y las posibles soluciones.

En un primer epígrafe se analizarán las causas que han generado que las izquierdas busquen fuentes de inspiración en las diferentes corrientes heredadas del pensamiento keynesiano. En el segundo apartado se examinarán las limitaciones de las ideas keynesianas para servir de soporte a programas económicos de izquierdas. Y en el tercero y último, se contemplarán cómo y qué factores han contribuido al crecimiento económico de la eurozona en 2015, en un contexto de persistencia de la estrategia conservadora de salida de la crisis basada en la austeridad, la desregulación del mercado laboral y la devaluación salarial que se han impuesto a los países del sur de la eurozona.

1. Keynes o el extraño caso de un influyente economista difunto

Ideas y argumentos vinculados en su origen con el pensamiento keynesiano vuelven a estar presentes en el programa económico del PSOE y han saltado más allá del espacio socialdemócrata, tras haber sido adoptados por buena parte de los partidos postcomunistas. También nuevas fuerzas, como Podemos, que han aligerado la ideología y las referencias políticas con las que están dispuestas a cargar, se han mostrado muy permeables a los planteamientos keynesianos.



La recuperación de Keynes por la izquierda en los últimos años tiene mucho de malentendido. Sus ideas permitieron que economistas partidarios del sistema capitalista se atrevieran a pensar que el mercado podía funcionar mal y que la intervención pública podría ser necesaria para impedir que la economía se instalase en una situación de insuficiente demanda agregada que perpetuara el estancamiento económico y el paro masivo. Sus planteamientos salvaron al sistema capitalista de los partidarios más doctrinarios del libre mercado, entre ellos buena parte de los economistas y políticos de su época, y de los viejos dogmas de la teoría económica clásica que predominaban en su tiempo, al igual que habían dominado durante los cien años anteriores.

Según Keynes, “los postulados de la teoría clásica sólo son aplicables a un caso especial, y no en general, porque las condiciones que supone son un caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio”. Y consideraba que las características de ese caso extremo o supuesto particular en el que se fundamentaba la teoría clásica no eran las de la economía que regía en su tiempo, por lo que valoraba que las enseñanzas de los economistas clásicos y de sus continuadores “engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos”. Las ideas de Keynes lograron con creces su objetivo y durante las tres décadas que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial gozaron de enorme influencia teórica y práctica. A partir de mediados de los años 70 y durante otras tres décadas se dieron por amortizadas y quedaron marginadas a reducidos ámbitos académicos, pero por lo visto durante la Gran Recesión han revivido y vuelven a estar de plena actualidad.

1.1. Auge y caída del keynesianismo en el siglo XX

Más allá de su evidente interés y altura teórica, el keynesianismo contribuyó a replantear la teoría económica clásica y neoclásica hegemónica en su tiempo y promover un nuevo modelo de crecimiento del sistema capitalista. A la Gran Depresión siguió una época de extrema inestabilidad política y proliferación de ideologías invasivas que alcanzaron su punto álgido con la gran catástrofe que supuso la Segunda Guerra Mundial. A su término, el keynesianismo propició en el bloque occidental un reajuste del capitalismo del que surgió un nuevo equilibrio político y una nueva legitimidad que sumó a la socialdemocracia a la defensa de un sistema

reformado, compatible con un Estado de bienestar que mejoró las condiciones de vida de las clases trabajadoras del mundo capitalista desarrollado.

Tras varias décadas doradas de funcionamiento del nuevo modelo capitalista, la socialdemocracia se fue incorporando en los años ochenta del pasado siglo a la tarea de desmontar ese modelo y contribuyó, desde una posición política subordinada a los partidos conservadores y neoliberales, al desarrollo de una nueva fase en el devenir del sistema capitalista caracterizada por una nueva ola de liberalización del mercado mundial, recortes del Estado de bienestar y fuerte presión desreguladora de los mercados laborales, financieros y bancarios. En algún caso, algunas fuerzas socialdemócratas intentaron puntualmente una acción gubernamental alternativa que dieron por fracasada al poco tiempo de haberla iniciado. La mayor parte de la socialdemocracia europea se involucró en la defensa de la desregulación, protegió los beneficios empresariales como vía segura a la prosperidad y confundió crecimiento económico y bienestar de la sociedad.

La socialdemocracia fue demasiado lejos en la defensa del nuevo modelo neoliberal de sistema capitalista que emergió en la década de los ochenta del siglo XX y contribuyó a la hegemonía de un nuevo paradigma económico que impulsó el desprestigio del sector público y la construcción de mercados liberados de la intervención pública bajo el pretexto de una búsqueda de competitividad y eficiencia. Por eso le está costando tanto sacudirse de encima el pensamiento económico neoliberal. Para buena parte de la socialdemocracia, la reivindicación del pensamiento de Keynes tiene mucho de ruptura con su reciente pasado y de recuperación de esencias y rasgos perdidos.

Numerosos estudios empíricos muestran dos conclusiones de gran interés que han contribuido a revitalizar los planteamientos keynesianos: primera, los países capitalistas desarrollados que emprendieron antes de 2008 intensas políticas de ajuste del gasto público no consiguieron necesariamente mayores logros en la mejora de la productividad global de los factores productivos o más crecimiento que economías de similares características que redujeron en muy escasa cuantía los gastos públicos; y segunda, la flexibilidad de los precios como respuesta a los desajustes entre oferta y demanda continúa siendo lenta y, casi siempre, insuficiente.

En las recesiones se necesita de la política monetaria para reducir las tasas de interés y animar a consumidores y empresas a incrementar sus gastos e inversiones para reanimar la actividad económica. Pero la política monetaria no puede solucionar los problemas estructurales e institucionales que dificultan recuperar las tasas de crecimiento de antes de la crisis de 2008. La política monetaria tampoco puede funcionar cuando existe una trampa de liquidez y los tipos de interés son demasiado bajos. Es en tales ocasiones cuando las ideas de Keynes autorizan a pensar que la intervención pública debe ir un poco más lejos para que la política presupuestaria permita recuperar el equilibrio entre oferta y demanda agregadas y, en definitiva, reactivar la actividad económica.

En la economía real, los mecanismos de corrección que actúan automáticamente en los modelos de la teoría económica clásica o neoclásica no siempre actúan eficazmente ni los mercados asignan eficientemente los recursos. Keynes legitima la intervención pública y eso es lo que sigue sacando de quicio a numerosos economistas y políticos conservadores y neoliberales. Keynes justifica la intervención pública y a ese clavo ardiendo se agarra la izquierda postcomunista que ha dejado atrás el legado leninista pero aún siente el vértigo de arrumbar la crítica y el análisis marxista del capital.

Desde la segunda mitad de los años noventa hasta el estallido de la crisis global en 2008 el endeudamiento del sector privado en la eurozona aumentó en más de un 60%, espoleado por un crédito abundante y muy barato que creció a una notable tasa media anual que rondaba el 6%. El surgimiento y la expansión del euro eliminaron

los riesgos asociados a las fluctuaciones del tipo de cambio, reforzaron los flujos de crédito desde los países excedentarios del norte de la eurozona hacia las economías periféricas y multiplicaron el endeudamiento de los agentes económicos privados de los países del sur de la eurozona. Ese sobreendeudamiento de hogares y empresas era un estímulo más que suficiente para impulsar la demanda agregada. El crédito y el efecto riqueza proveniente de las burbujas de los precios de los activos fueron los principales factores que impulsaron el crecimiento de la actividad económica en los años previos al estallido de la crisis global en 2008.

Pocos economistas o políticos en ejercicio echaron en falta antes de 2008 la intervención pública para reanimar la actividad económica. El crecimiento económico logrado, aunque espasmódico, contribuía a desvalorizar las ideas de Keynes, transformando en anatema la defensa del sector público y marginando las críticas que señalaban la necesidad de regular los mercados o reclamaban una innecesaria intervención pública orientada a incentivar la demanda efectiva. En el escenario económico levantado a partir de los años 80 del pasado siglo, el análisis y las propuestas de Keynes estaban de más. Tras haber sido determinantes en la reanimación del sistema capitalista, se habían convertido en una rémora. En consecuencia, volvieron a proliferar los cándidos o malintencionados economistas que predicaban “que todo pasa del mejor modo en el más perfecto de los mundos posibles, a condición de que dejemos las cosas en libertad”.

1.2. La actual recuperación del keynesianismo por las izquierdas

La reciente resurrección de las ideas keynesianas en sus múltiples matices y diversas corrientes, tras la derrota y el repliegue sufridos en los años 70 y 80 del pasado siglo, se ha producido gracias a una Gran Recesión que ha puesto en evidencia las nefastas consecuencias de un mercado mundial desregulado, con un peso desorbitado de las operaciones financieras, que promueve la tolerancia del capital financiero a riesgos extremos de los que desconoce su envergadura y alcance, pero que como contrapartida brinda oportunidades de obtener altas tasas de rentabilidad.

El modelo de crecimiento basado en la desregulación y el sobreendeudamiento privado generó burbujas en los precios de los activos financieros e inmobiliarios que impulsaron el crecimiento del PIB al tiempo que favorecían que una minoría poderosa capturara una parte creciente del incremento de la renta así generada. En España, esas burbujas coexistían con una elite política negligente e inmoral que favorecía la desigual distribución de la renta y veía normal o con buenos ojos que parte de sus miembros aprovechara su posición política para financiar a sus respectivos partidos y, de paso, enriquecerse, saquear el dinero público y desviarlo hacia empresarios amigos y toda una fauna parasitaria dispuestas a agradecer sus favores.

Finalmente, el estallido de la crisis financiera global de 2008 paró en seco las posibilidades de seguir financiando la deuda de los agentes económicos privados y puso en evidencia la artificial tramoya que había generado el plus de crecimiento económico que experimentaron los países periféricos de la eurozona, la fragilidad e insostenibilidad del crecimiento económico así conseguido y los poderosos intereses que habían promovido la desregulación del sistema financiero y bancario, el apetito por la especulación y el enorme riesgo asumido por deudores y acreedores. Tras casi ocho años de crisis y tras superar la doble recesión sufrida en la eurozona entre 2008 y 2013, el escaso y precario crecimiento de la actividad económica conseguido a partir de entonces (crecimiento del PIB del 0,9% en 2014 y 1,5% en 2015) dificulta la inversión productiva, limita la mejora de la productividad global de los factores y, en consecuencia, impide la recuperación del crecimiento potencial perdido durante la crisis.

La crisis global de 2008 en la que aún está inmersa la eurozona ha permitido que los planteamientos keynesianos hayan vuelto a revivir y sirvan de inspiración a los

programas económicos de los partidos de izquierdas y a las propuestas y reivindicaciones que realizan las organizaciones sindicales. Los apoyos a las ideas keynesianas se han desplazado hacia la izquierda. Huérfana de otras agarraderas teóricas en las que inspirar sus alternativas de política económica, la izquierda ha abrazado lo que entiende como una fundamentación de la intervención del Estado para impulsar la demanda agregada, mantener una protección básica para la mayoría social y superar los fallos, desequilibrios e ineficiencias de los mercados realmente existentes.

Con la Gran Recesión se ha vuelto a repetir la historia que vivió Keynes con la Gran Depresión. Por lo menos la parte de la historia que expresa la necesidad de una nueva reforma del sistema capitalista que facilite un nuevo equilibrio político y una nueva legitimidad que ofrezcan respuestas al descontento y la indignación que en los países del sur de la eurozona han provocado la crisis global y las políticas de austeridad. Keynes o una versión funcional, quizá también ramplona, del pensamiento de Keynes han vuelto a revivir.

Basta con leer la reciente propuesta del PSOE de 8 de febrero de 2016 (el “Programa para un Gobierno reformista y progresista” que intenta precisar las bases de la negociación con las diferentes fuerzas parlamentarias) para observar hasta qué punto las ideas keynesianas impregnan buena parte de unas propuestas económicas que son perfectamente asumibles por Podemos, las confluencias por el cambio e Izquierda Unida. El documento del PSOE pretende también tranquilizar a la patronal española y a Bruselas, recoge propuestas destinadas a conseguir el apoyo de Ciudadanos y partidos nacionalistas o regionalistas periféricos y marca los contenidos y los límites de la confrontación con las propuestas económicas que sirven de soporte a las políticas de austeridad que siguen defendiendo el PP y, con menos ataduras y sin responsabilidades de gestión, Ciudadanos.

Sánchez pretende subrayar la ruptura con la gestión de los recortes llevada a cabo por el Gobierno de Rajoy sin llegar a romper con la estrategia de austeridad impuesta por las instituciones europeas. Ese difícil equilibrio entre continuidad y ruptura le permite a Sánchez ocupar una posición central en una negociación destinada a redefinir las políticas de austeridad y a interesar en esa tarea de revisión y reversión de los recortes a un amplio espectro del electorado y las fuerzas políticas parlamentarias. Veremos si lo consigue. La línea que separa la presidencia del Gobierno del batacazo no puede ser más delgada.

Keynes era plenamente consciente de la influencia de sus argumentos cuando en 1936 escribió lo siguiente: “Las ideas de los economistas y de los filósofos de la política, tanto cuando son correctas como cuando son erróneas, son más poderosas de lo que comúnmente se entiende. De hecho, el mundo está dominado por ellas. Los hombres prácticos, que se creen exentos de cualquier influencia intelectual, son usualmente esclavos de algún economista difunto”. Lo que no podía saber Keynes es que esas palabras escritas en 1936, convertidas en una cita mil veces repetida desde entonces, se confirmarían en su caso por partida doble. Tras su muerte en 1946, los planteamientos keynesianos conocieron tres décadas de enorme prestigio (seguidas de otros treinta años de ostracismo). Ahora, la crisis global ha vuelto a proporcionar nueva vida a las ideas keynesianas. Muchos de sus planteamientos y propuestas se han reencarnado en los programas de los partidos de izquierdas. Keynes ha vuelto a ser de nuevo un economista difunto muy influyente.

2. ¿Bastan las ideas keynesianas para sustentar programas de izquierdas?

Las ideas keynesianas están presentes en los programas económicos de un extenso abanico de partidos de izquierdas. Desde el PSOE hasta IU, pasando por Podemos, las confluencias de fuerzas por el cambio y otros partidos progresistas. Todas las izquierdas pretenden un mayor protagonismo del Estado (común, federal o

independiente, según los casos) en el impulso de la demanda doméstica. Existen en sus respectivos programas, claro está, múltiples matices y medidas complementarias, pero las propuestas encaminadas a incentivar la demanda (de hogares y empresas, a través del consumo y la inversión de agentes económicos privados o públicos) son uno de los pilares centrales que comparten las izquierdas frente a las políticas de austeridad y devaluación salarial que caracterizan la estrategia conservadora de salida de la crisis.

La intención de este epígrafe es valorar hasta qué punto esas medidas de impulso de la demanda doméstica pueden servir, en el caso de la economía española y el resto de los países periféricos de la eurozona, como soporte de una estrategia progresista de salida de la crisis que beneficie a la mayoría social.

2.1. Los límites del keynesianismo como soporte de programas de izquierdas

Solo la voluntad política demostrada por el BCE a partir de la segunda mitad de 2014, con el anuncio de la puesta en marcha del *Quantitative Easing* (QE), ha permitido apaciguar de forma duradera las primas de riesgo y que la deuda soberana de los países periféricos de la eurozona (a excepción de la griega) pueda seguir financiándose a bajas tasas de interés. De este modo, se ha hecho relativamente soportable la carga financiera que generan las altas deudas públicas y se estudian diferentes alternativas para una reducción de la deuda soberana que ya no se plantea exclusivamente en términos de imposibilidad de pagarla o necesidad de reestructurarla.

Las tasas de endeudamiento público y privado alcanzan niveles excesivos y la presión conjunta de mercados e instituciones comunitarias impulsa el necesario desendeudamiento de agentes económicos públicos y privados. Los inversores recuperaron en 2008 la aversión al riesgo y se comportan desde entonces con mayor prudencia y racionalidad que antes, mostrándose renuentes a seguir financiando a las entidades públicas y privadas excesivamente endeudadas. Por ello, muchas empresas están siendo obligadas a autofinanciarse, objetivo que logran gracias a la colaboración de las autoridades económicas en la común tarea emprendida por los poderes económicos y sus representantes políticos de presionar a la baja los salarios y otros costes empresariales para recuperar márgenes. En el pensamiento conservador, bien está que los economistas neoliberales justifiquen la libertad de acción del capital y prediquen que cualquier intento de las autoridades para intentar cambiar las cosas tiene más probabilidades de causar daños que beneficios; pero cuando las cosas vienen mal dadas, como ha sido el caso en esta crisis, se dejan al margen teorías de mercados eficientes o autorregulados y otras paparruchas y se exige a los gobernantes más intervención pública en apoyo efectivo de sus privilegios e intereses particulares.

Las administraciones públicas pueden y deben utilizar las diferentes medidas de estímulo de la demanda doméstica que están en sus manos, pero hay evidentes obstáculos y desequilibrios macroeconómicos objetivos que hacen que su aplicación deba ser medida si no quiere resultar contraproducente. Y junto a la lógica económica que impone, también a las nuevas izquierdas que pugnan por poner las instituciones y el poder político del Estado al servicio de la mayoría social, una utilización prudente de los déficits públicos como sostén de la demanda agregada, hay que considerar las restricciones políticas. En primer lugar, qué opina y que preferencias manifiesta la ciudadanía a propósito de un potencial aumento de la presión fiscal, cómo se reparte entre los diferentes sectores sociales esa mayor contribución a las arcas públicas y qué medidas se aplicarán para conseguir un control eficaz en la utilización del gasto público que impida una reedición de episodios de despilfarro en los que el dinero público acaba en los bolsillos de los corruptos o se desvía hacia las arcas de los partidos. Y en segundo lugar, parece obligado socavar el muro que representa la hegemonía de la estrategia conservadora de salida de la crisis basada en la

austeridad y la devaluación salarial para poder aplicar políticas de estímulo de la demanda doméstica.

El débil crecimiento que experimenta la eurozona, las reducidas expectativas de una mayor reactivación, la aún baja utilización de las capacidades productivas instaladas, la extrema inestabilidad de los mercados financieros y la gran incertidumbre que acompaña a la situación económica y geopolítica mundial siguen desincentivando la inversión de las empresas, que condicionan sus planes de inversión al bajo crecimiento de la demanda agregada. La debilidad de la inversión privada y, más aún, de la pública están ocasionando una insuficiente acumulación de capital, escasa modernización tecnológica del aparato productivo y, en definitiva, limitadas y lentas mejoras de la productividad.

Dado que la innovación y las ganancias de productividad determinan o limitan las posibilidades de conseguir mejoras salariales, no puede darse un aumento sostenible del nivel general de los salarios sin que se consiga en paralelo un incremento de la productividad global de los factores productivos y del crecimiento potencial. En idéntica dirección empuja la robusta tendencia a una distribución de la renta nacional demasiado favorable a los beneficios empresariales y demás rentas del capital. Distribución desigual en contra de los salarios que no es un fenómeno nuevo, pero que las políticas de desregulación del mercado laboral han reforzado, añadiendo mayores dificultades a que el aumento de los salarios y de la renta disponible de los hogares puedan ser factores sólidos de impulso de la demanda interna.

La pregunta adecuada no es, por tanto, si es necesario estimular la demanda. Los grandes interrogantes que debe resolver un programa de izquierdas para conseguir una salida de la crisis que permita solucionar los problemas de la mayoría social son otros: qué tipo de estímulos hay que aprobar; cómo llevar a cabo esas medidas de estímulo salvando las restricciones económicas y políticas que dificultan su aplicación; a qué ritmo deben aplicarse para que no resulten contraproducentes ni amplifiquen los desequilibrios de las cuentas públicas y exteriores; qué reformas estructurales de modernización de la oferta productiva de las economías periféricas deben iniciarse, aunque sus efectos no sean inmediatos; y qué cambios institucionales sustanciales en la eurozona son imprescindibles para que esos estímulos funcionen.

2.2. Impulsar la demanda doméstica, modernizar la oferta productiva y cambiar el marco institucional de la eurozona

Una estrategia progresista de salida de la crisis económica no es simplemente el reverso de las políticas conservadoras de austeridad y devaluación salarial aplicadas en los últimos años. No hay respuestas fáciles o simples, ni soluciones de carácter técnico o universal para los problemas específicos de la economía española. Cualquier medida o reforma económica implica costes o supone conraindicaciones y daños económicos colaterales. Por ello es tan importante que la ciudadanía esté plenamente informada de los riesgos y costes asociados a cada medida, que se expresen de forma democrática las preferencias de la mayoría social sobre las políticas a aplicar y los costes que está dispuesta a asumir y que los programas económicos que ofrecen los partidos supongan un contrato de obligado cumplimiento del que no puedan desvincularse impunemente cuando acceden a posiciones gubernamentales.

Por otro lado, el ámbito de la acción política estatal no es suficiente. Es necesario combinar una estrategia nacional de impulso medido de la demanda interna y modernización de las estructuras y especializaciones productivas con una estrategia de cambio institucional de la eurozona y renovación del proyecto de unidad europea. La sustitución de la estrategia conservadora de salida de la crisis por una estrategia progresista requiere un cambio institucional que implique mayores dosis de federalismo, más coordinación de las políticas económicas entre los Estados

miembros de la eurozona, progresiva mutualización de las deudas soberanas y, en definitiva, más solidaridad y cohesión.

De hecho, los países del sur de la eurozona se encuentran atrapados por una normativa comunitaria que dificulta aplicar en sus respectivos ámbitos de soberanía nacional las políticas presupuestarias que necesitan. Tanto por sus muy altos niveles de endeudamiento público como por las restricciones presupuestarias impuestas por las instituciones comunitarias. Además, la política monetaria expansiva que lleva a cabo el BCE está demostrando una eficacia mínima en la tarea de impulsar el crédito y la actividad económica, lo que limita aún más las posibilidades de actuación. Por último, la persistencia de las políticas de devaluación salarial es incompatible con la puesta en marcha de medidas de estímulo de la demanda agregada basadas en la recuperación de los salarios. En tales circunstancias, hablar de recuperar herramientas de estímulo keynesiano en el ámbito de los países del sur de la eurozona (otra cosa distinta sería en algunos países del norte de la eurozona o por parte de las instituciones comunitarias) tiene mucho de simbólico y retórica. Y bastante poco de fundamento creíble para un programa alternativo orientado a superar la crisis.

Para salir de la crisis, las medidas destinadas a incentivar la demanda interna no son suficientes. Hay que volver no tanto a Keynes como a los fundamentos que determinan las ganancias de productividad global de los factores, al impulso de una estructura de especializaciones productivas que suponga un alza en la gama de los bienes y servicios que se ofrecen y a un modelo de crecimiento que no descansa en exclusiva en un tirón de las exportaciones que, al basarse en la reducción de los costes salariales y los precios de exportación, reclama la perpetuación de empleos precarios, bajos salarios e indeseables especializaciones productivas que sean compatibles con ese tipo de empleos y salarios.

Para salir de la crisis hay que poner el centro de atención de la política económica en el impulso de la innovación, la mejora del sistema educativo, la cualificación de la fuerza de trabajo, el alza de gama de la oferta y el cambio de especializaciones productivas a favor de bienes y servicios de mayor valor añadido que incorporen más conocimiento y contenidos tecnológicos. Y en esa labor, efectivamente, la acción pública y una política económica alternativa a la sufrida desde mayo de 2010 son tan imprescindibles como el debilitamiento de la estrategia de austeridad impuesta por las instituciones europeas y de la hegemonía conservadora en la que se sustenta.

Del mismo modo, sin superar las debilidades e incoherencias institucionales de la eurozona y la falta de coordinación de las políticas económicas de los Estados miembros, las medidas incentivadoras de la demanda doméstica están condenadas al fracaso. Más aún si son realizadas en solitario por uno o varios Estados miembros. La ausencia de federalismo y la falta de coordinación entre las políticas económicas de los Estados miembros de la eurozona obligan a que los países periféricos tengan que hacer desaparecer sus déficits exteriores por cuenta corriente reforzando la presión sobre la demanda doméstica, tanto en lo que se refiere al gasto de los hogares como a la inversión pública y privada. Tal método de reducción de los desequilibrios en las cuentas públicas y exteriores ocasiona inevitablemente un debilitamiento de la acumulación de capital y la inversión en nuevas tecnologías, un escaso esfuerzo innovador, despreocupación por la mejora de la cualificación de la fuerza de trabajo y, como consecuencia, una baja productividad global de los factores.

¿Qué se puede hacer en tales condiciones? No hay más eficaz estímulo de la demanda doméstica que, por un lado, las políticas de apoyo a la inversión orientadas a modernizar el capital productivo y mejorar las competencias de la población activa y, por otro, las medidas de rescate ciudadano que tienen como prioridad atender las necesidades de los sectores sociales más golpeados por los recortes y la austeridad.

No vale cualquier estímulo de la demanda ni la justificación del rescate ciudadano descansa esencialmente en la teoría económica. El recate de los sectores sociales en riesgo de exclusión se justifica como un imperativo ético, desde los valores de solidaridad y apoyo mutuo que defienden las izquierdas. La mayoría social ya no está dispuesta a que la recuperación económica suponga dejar sin trabajo, casa, bienes públicos o derechos laborales y sociales a la gente para que las grandes empresas puedan disminuir costes, aumentar márgenes o favorecer sus exportaciones. Y a esa voluntad ciudadana y al proyecto de país que implica el cambio que defiende la mayoría social responden las medidas de rescate de las personas.

No está de más contar con un pensamiento económico que avale la lógica de incentivar determinados componentes de la demanda doméstica y muestre el carácter destructivo de las políticas de austeridad y devaluación salarial. Pero convendría no extremar los argumentos sobre la bondad de toda medida encaminada a incentivar la demanda. Más aún cuando las dificultades económicas y políticas para llevarlas a cabo son tan evidentes como la insuficiencia de tales medidas si no van acompañadas de políticas encaminadas a modernizar estructuras y especializaciones productivas que permitan generar y sostener en el tiempo empleos decentes y salarios dignos.

3. Enseñanzas del desempeño económico de la eurozona en 2015

Las políticas de austeridad y devaluación salarial siguen siendo un lastre para la reactivación económica de la eurozona. Los factores que permitieron en 2015 un modesto crecimiento del 1,5% en el PIB de la eurozona fueron otros, la depreciación del euro, la notable reducción de las tasas de interés y, sobre todo, la muy fuerte disminución de los precios del petróleo y el conjunto de las materias primas. Pese al impulso recibido por la actividad económica, la eurozona sigue presentando una insuficiencia de la demanda interna que se expresa en un notable superávit de la balanza por cuenta corriente que supuso en 2015 un 3,7% del PIB y que se concentra en Alemania (excedente corriente de sus cuentas exteriores del 8,3% de su PIB) y otros socios, como Holanda (superávit del 10,5% del PIB) o Austria (2,6% del PIB).

La economía de la eurozona muestra falta de dinamismo endógeno. Y lo peor es que el contexto internacional en 2016 está siendo más desfavorable que el de 2015 por diversos motivos: la prolongación del menor crecimiento de China y el resto de países emergentes y su impacto negativo sobre el comercio y las cotizaciones bursátiles internacionales; la reducción de las importaciones por parte de los países exportadores de petróleo; los desajustes que provoca la divergencia entre las políticas monetarias que ha comenzado a aplicar en 2016 la Reserva Federal (más restrictiva) y las del BCE (más expansiva); la proliferación de burbujas en los precios de los activos financieros provocadas por el exceso de liquidez; y la intensificación de desordenes geopolíticos y migratorios provocados por los actuales conflictos bélicos y el terrorismo. En las últimas semanas, tanto el Banco Mundial como el Fondo Monetario Internacional han ajustado a la baja (en torno al 3%) sus previsiones de crecimiento de la economía mundial en 2016, mientras mantienen las de la eurozona en un modesto 1,7%.

A partir de la segunda mitad de 2013 la eurozona superó su segunda recesión desde que en 2008 estalló la crisis global, pero el crecimiento conseguido desde entonces ha sido relativamente bajo pese a los nuevos factores favorables que aportó el entorno exterior. A partir de la segunda mitad de 2014, gracias al descenso del precio de las materias primas y a la política monetaria expansiva del BCE se ha producido en la eurozona un indiscutible progreso de la demanda de los hogares y la inversión productiva de las empresas y una neta recuperación de empleo; pero ese progreso sigue siendo precario y, sobre todo, muy insuficiente. La reacción de la oferta productiva doméstica al incremento de la demanda sigue siendo débil y la depreciación del tipo de cambio del euro apenas ha favorecido las exportaciones hacia países ajenos al euro. Las ventas exteriores de la eurozona crecieron a un ritmo similar al del comercio mundial, pero la depreciación del euro también encareció las

importaciones y, como consecuencia, reforzó el exceso de ahorro en el conjunto de los países de la eurozona.

De no haberse producido ese impulso de la demanda doméstica sustentado en la disminución del precio del petróleo y demás factores señalados antes, el crecimiento de la eurozona en 2015 habría sido insignificante o de unas pocas décimas, en lugar de ese reducido 1,5% de crecimiento estimado del PIB. Las políticas de austeridad, desregulación del mercado laboral y devaluación salarial impuestas a los países del sur de la eurozona, lejos de impulsar el crecimiento que vaticinaban los partidarios de los recortes, han seguido suponiendo un freno a la recuperación económica propiciada por condiciones tan favorables.

Alemania y los otros países con superávit en sus cuentas exteriores (Holanda y Austria, principalmente) presentan inmejorables condiciones macroeconómicas para estimular su demanda doméstica mediante políticas presupuestarias, pero Alemania sigue practicando una política restrictiva orientada a lograr superávits de sus cuentas públicas. Peor aún, los gobernantes alemanes siguen empeñados en extender un equilibrio presupuestario estricto a todos y cada uno de los países de la eurozona y en dificultar que la Comisión Europea relaje los ritmos de ajuste presupuestario o intensifique una política comunitaria de inversiones productivas que favorezcan la modernización del capital y la cualificación de la fuerza de trabajo, permitiendo así reducir la creciente brecha en estos terrenos con EEUU.

3.1. Factores que propiciaron el crecimiento de la eurozona en 2015

A mediados de 2014, el precio del petróleo tipo Brent comenzó a bajar desde una media mensual de 82,5 euros por barril en junio hasta los 57,3 euros de diciembre del mismo año. Un año después, el 31 de diciembre de 2015, el precio se situaba en 36,5 euros y ha seguido bajando en las primeras semanas de 2016, hasta situarse durante la segunda mitad del mes de enero y la primera quincena de febrero por debajo de los 30 euros. La reducción en dólares del precio del petróleo fue aún más intensa, pero la depreciación del euro redujo parte de su impacto favorable sobre el crecimiento de la eurozona. Como consecuencia, los países exportadores de petróleo redujeron sus ingresos, comenzaron a recortar gasto público para controlar su déficit presupuestario y redujeron sus importaciones provenientes de la eurozona. En todo caso, el efecto neto para la eurozona de la reducción en el precio del petróleo y otras materias primas fue positivo y se estima que ha podido significar un punto de crecimiento del PIB en 2015.

La reducción del pago anual por las importaciones de “petróleo, productos derivados y conexos” (capítulo 33 de la clasificación del comercio internacional SITC) hasta menos del 3% del PIB de la eurozona (con una reducción de algo más de 2 puntos desde el 5% que alcanzó en 2012) permitió que los hogares transformaran el suplemento de renta real en crecimiento de su demanda de bienes y servicios, sin disminuir sus tasas de ahorro ni abandonar la senda de desendeudamiento emprendida en 2010. Y de igual manera, las empresas sometidas a la competencia de las importaciones pudieron aligerar esa presión y aumentar sus márgenes de beneficios, gracias a un encarecimiento en euros del conjunto de las importaciones que desvió una parte significativa de la demanda hacia los bienes producidos en la eurozona. Buena parte de los beneficios empresariales extras así obtenidos se transformaron en inversión, sin necesidad de reducir la autofinanciación de las grandes empresas (lo que ha permitido aumentar su autonomía respecto al sistema financiero y bancario) ni el ritmo de su desendeudamiento. Y algo parecido ocurrió con las empresas exportadoras, pues aunque solo aumentaron sus ventas en pequeña medida y no en todos los mercados exteriores, la reducción de costes en el consumo intermedio de energía en medio punto del PIB pudo trasladarse íntegramente a sus cuentas de resultados y tuvo un efecto positivo sobre la inversión productiva privada, que aumentó en un 0,7%.

Sin embargo, el alto nivel de endeudamiento de los agentes económicos privados (y su necesidad de desendeudarse), la mayor aversión al riesgo y la falta de confianza en la recuperación económica puesta en marcha en 2014 han dificultado que los impulsos recibidos por la demanda se hayan concretado en demanda efectiva y mayor actividad económica. Por otro lado, cuando los incentivos a la demanda logran concretarse en crecimiento del producto acaban requiriendo, especialmente en los países del sur de la eurozona, un aumento de las importaciones (y adquisiciones intracomunitarias) que traban la contribución positiva de la demanda externa a la reactivación económica. En 2016, la situación es peor, ya que a la persistente debilidad de la demanda interna de la eurozona causada por la estrategia conservadora de austeridad y devaluación salarial se suman las múltiples incertidumbres que afectan a la situación económica y geopolítica mundial y la reciente y sustancial degradación de los mercados financieros, que de perdurar podría pesar negativamente sobre la actividad económica y el empleo.

La disminución del precio del petróleo también fortaleció la tendencia a la baja de la inflación (el IPC armonizado de la eurozona creció un 0,1% en 2015) y, como consecuencia, favoreció un pequeño incremento de los salarios reales y la renta real de los hogares que produjo un aumento de unas pocas décimas en el porcentaje que representa la demanda de los hogares en el PIB de la eurozona. Sin embargo la preocupante persistencia de una tasa media de paro del 11% en la eurozona y la pretensión obsesiva de mantener la desregulación del mercado laboral siguen obstaculizando la recuperación de los salarios reales y, por consiguiente, que el consumo de los hogares y la inversión productiva sean factores efectivos de recuperación de la actividad económica.

Ese estancamiento del nivel general de precios de consumo supone un obstáculo añadido a los derivados de las políticas de devaluación salarial y dificultan el aumento de los salarios nominales. Esas condiciones de debilidad de la demanda interna colocaron las tasas de inflación de la eurozona en cifras negativas (entre mayo de 2014 y enero de 2015) y facilitaron que el BCE justificara y pusiera en marcha las políticas de *Quantitative Easing* (QE) destinadas a intentar acercarse al objetivo del 2% de inflación. La debilidad de la inflación y el mínimo crecimiento del producto contribuyeron a reducir la oposición política de los sectores más dogmáticos de los economistas neoliberales, atrincherados en el *Bundesbank* y en la mayor parte de las instituciones comunitarias, que a regañadientes se han visto obligados a reducir su beligerancia en contra de las medidas de expansión monetaria y compra de deuda por parte del BCE, anunciadas en la segunda mitad de 2014 y aplicadas a partir de marzo de 2015.

El efecto más positivo del QE ha sido la reducción de las tasas de interés de la deuda soberana de los países periféricos (excepto en el caso de Grecia, dados los avatares e imposiciones sufridos por su economía a propósito de su tercer rescate) y la rebaja sustancial de las primas de riesgo. Las compras de deuda soberana de los países de la eurozona por el BCE han logrado disminuir el riesgo soberano y las tasas de interés a largo plazo, junto a un significativo alivio de la carga financiera que habían ocasionado la relativa e interesada inacción previa del BCE y los altos niveles de endeudamiento alcanzados.

Ese efecto benéfico del QE permitió en 2015 una relajación de los exigentes ajustes de los déficits públicos previstos que, por ejemplo, en el caso de España, impulsó el crecimiento y fue convenientemente aprovechada por el PP para abrir un paréntesis en la política de recortes que le permitió encarar en mejores condiciones la confrontación electoral del 20-D.

3.2. Enseñanzas de lo ocurrido en la economía de la eurozona en 2015

Al margen de los notables impactos positivos que ha supuesto la disminución del riesgo soberano y la consiguiente menor carga financiera de la deuda pública, el

efecto neto de la expansión monetaria sobre el crecimiento económico de la eurozona fue leve o neutro. En cambio, los efectos esperados del QE sobre el crecimiento del producto y la inflación no han funcionado. Quizá porque se han puesto en marcha demasiado tarde, a diferencia de EEUU o Reino Unido (RU), donde su aplicación temprana permitió reducir a partir de 2010 las tasas de interés a largo plazo y protegió a ambas economías de la situación cercana a la deflación que sufrió la eurozona entre 2011 y mediados de 2014. Además, tanto EEUU como RU evitaron la reducción de los salarios nominales y, como consecuencia, que la inflación disminuyera y favoreciera un crecimiento de las tasas nominales de interés a largo plazo por encima del crecimiento nominal del PIB.

En la eurozona, la reducción de las tasas de interés no ha relanzado el crédito bancario ni la inversión de las empresas. La depreciación del euro tampoco ha permitido aumentar significativamente las exportaciones netas.

En resumidas cuentas, ni los incentivos a la demanda doméstica recibidos del exterior ni las políticas de expansión monetaria y consiguiente devaluación del euro han permitido impulsar la actividad económica y la inflación en suficiente medida o al ritmo necesario. Ambos factores han tenido un papel positivo a la hora de dejar atrás la segunda recesión sufrida por la eurozona desde 2008, pero no han evitado efectos secundarios dañinos (surgimiento de nuevas burbujas especulativas e incremento de la volatilidad de las cotizaciones bursátiles, por ejemplo) ni permiten una salida de la crisis favorable a la mayoría social.

La austeridad sigue siendo una losa que impide la recuperación del empleo, la actividad económica y los salarios. Y muy especialmente en los países del sur de la eurozona, que son los que más necesitan recuperar los bienes públicos perdidos y generar empleos decentes con salarios dignos. Los problemas de insuficiente modernización del capital productivo, desindustrialización y mínimos avances de la productividad global de los factores no se pueden arreglar con políticas monetarias expansivas ni con incentivos a la demanda doméstica. Así lo demuestra la experiencia del conjunto de la economía de la eurozona en 2015.

La peor parte de esta situación se la llevan los países del sur de la eurozona que se ven obligados a equilibrar sus cuentas exteriores mediante una presión sobre los salarios reales y la inversión pública que impide la modernización del aparato productivo. Su actual crecimiento económico se sustenta en un reforzamiento de estructuras y especializaciones productivas que requieren de un aumento de la competitividad vía precios que perpetúa los bajos salarios y el empleo precario. Para las economías del sur de la eurozona, los recortes, los bajos salarios, la desigualdad social, los empleos precarios, la desregulación del mercado laboral o la pérdida de derechos laborales y sociales no son meros factores coyunturales que permitirán más tarde recuperar los que la crisis y las políticas de austeridad han destruido. Antes bien, son componentes esenciales y permanentes de una salida de la crisis auspiciada por el bloque de poder conservador que identifica el crecimiento económico con la rentabilidad empresarial, menosprecia los muy negativos impactos económicos y sociopolíticos que genera el aumento de la desigualdad social y favorece que el aumento de renta conseguido sea acaparado por una ínfima minoría propietaria del capital productivo y financiero.

No basta, como hace la derecha, con constatar o cuantificar el crecimiento económico que ha comenzado a lograrse o, peor aún, con identificar reactivación económica y salida de la crisis. Hay que llenar de significado esas palabras: el crecimiento económico y la reactivación sirven cuando benefician a la mayoría social, favorecen la cohesión económica, social y territorial y permiten generar y sostener en el tiempo empleos decentes y salarios dignos. Hay programas económicos que permitirían una salida de la crisis favorable a los intereses de la mayoría social, pero no tienen nada que ver con la estrategia de austeridad que ha impuesto el bloque de poder conservador que tiene la hegemonía en las instituciones comunitarias ni

consisten simplemente en hacer lo contrario de las políticas que han sido impuestas por los mercados y las fuerzas políticas conservadoras, socialdemócratas y liberales que han gestionado en los últimos años las medidas de recortes, desregulación del mercado laboral y devaluación salarial sufridas por los países del sur de la eurozona.